

Critica de arte

LA EXPOSICION DEL MES

El pintor Armando Lira

En la Sala del Banco de Chile ha expuesto un buen lote de sus últimas obras el pintor Armando Lira. Para los habituales de estos salones semanales ha constituido una verdadera sorpresa la contemplación de la obra de este joven artista.

Lira es casi exclusivamente paisajista. De su estancia en París ha traído algunas visiones ciudadanas que difieren en la «manera» de lo que más tarde, vuelto a las imágenes habituales de su juventud, habrá de hacer. Esos paisajes urbanos parisinos son negros y casi monocromos, dramáticos a veces en el deseo de captar la atmósfera angustiada de la gran ciudad.

Luego, es la visita al trópico la que vuelve a influir tiránicamente en su paleta y Lira nos da unas imágenes que recuerdan influencias y admiraciones sentidas con fervor. Estos paisajes de vegetación policroma bajo un cielo azul turquesa, límpido y transparente, esta tierra de la que parece salir un fuego abrasador, le ha dictado su mensaje cósmico, y Armando Lira enfrentado a ella nos ha dado algunas de sus mejores telas, aunque el influjo de Henri Rousseau, el *Douanier* es muy evidente.

Sin embargo, es ante la naturaleza chilena donde el pintor adquiere el dominio de su propia voz: frente a lo que es consustancial con su espíritu Lira sabe entonar su mejor can-

ción. Se ve aquí que ha llegado a centralizar sus impresiones y su emoción en un punto sobre el cual gira el sistema solar de su arte. Podemos apreciar ante el conjunto de paisajes chilenos cuál es la meta y el destino del pintor. Armando Lira quiere ser sincero, decir lo que siente, plenamente, rotundamente, con una emoción y con un lirismo muy personal; pero está interesado, también en los hóndos problemas de la pintura. De aquí que no se detenga en ese parco camino de la sinceridad y del lirismo.

Hay un aspecto en el arte de este pintor que conviene tener en cuenta: es el de su conocimiento de la teoría del arte. Lira no solamente la lleva a la realidad de sus telas, sino que lo expone con frecuencia en sus escritos. No puede renunciar a la influencia de todo lo que él sabe grande en la plástica contemporánea, sin que tengamos que citar nombres para ver con claridad hasta qué punto esas admiraciones de que ya he hablado, inciden en su pintura. Lo importante—a mi entender—es que Armando Lira sabe tomar los impulsos ideales, más que la técnica, el espíritu, más que la materia misma.

Hay quienes han dicho que se trata de un pintor impresionista. La afirmación es a todas luces falsa, por cuanto Lira abandona la extrema desintegración de las formas impresionistas para acentuar el rigor constructivo que aprendió de Cézanne. Lo que sucede es que suele tomarse el rábano por las hojas, o sea la débil epidermis coloreada por los rigores básicos del dibujo. El hecho de que estos cuadros estén pintados con una gama ardiente y luminosa y de que los tonos estén yuxtapuestos sobre la superficie de la tela no quiere decir que nos hallemos ante unas obras impresionistas. Lira, como todos los pintores contemporáneos sabe utilizar de aquella escuela lo que ella traía de permanente para abandonar lo fugitivo y caidizo. La cosa como se ve es bien distinta.

Aspira a dar a su pintura una extremada solidez: su maestro, por lo tanto, es Cézanne, pero un Cézanne visto a través de su espíritu autónomo y en cierta medida vernacular.

Exposición Sergio Montecino

Muy distinta a la de Armando Lira es la mentalidad pictórica de Sergio Montecino. En primer lugar, el autor de *Mar a mediodía* oculta menos los elementos exóticos que hay en su arte. Su juventud extrema responde con máxima acuciosidad al canto de sirena de la joven pintura francesa. Plásticamente Montecino ha sido formado por los *fauves*. Ello se hace más patente en sus retratos. En estas obras no parece interesarle la pura expresión formal y plástica. Se siente impelido a la traducción de sensaciones, utilizando la pintura como un simple vehículo.

En los paisajes esta tendencia aparece atemperada por un mayor deseo de evocar la realidad aparental. Y, entonces, surge un aspecto por demás sugestivo. Me refiero a una vena de aliento poético que en ellos aflora. Montecino ve la naturaleza como un sensitivo extraordinario, como un poeta. El arabesco se hace pura melodía, como en Matisse, para expresar la emoción del artista ante el *motivo*. Su mecanismo expresivo responde a una mentalidad rectora que impone su dominio con absoluta claridad en los conceptos plásticos. Pero ello no impide que la irrealidad y el sueño afloren potentemente en estas obras. Montecino sin ser un pintor del subconsciente, sabe evocar las más íntimas sensaciones, los más escondidos e irrefrenables sentimientos estéticos.

Para expresar esta belleza se vale de un mecanismo técnico escueto: su dibujo es simple y sirve apenas para esbozar el motivo. Algunas pinceladas, dadas nerviosamente y con arrebatado, nos devuelven la imagen de la realidad modificada por su sensibilidad. El artista se vale de pocos tonos: un verde, un